

Relato

La abuela Carmen se ajustó el chal mientras miraba por la ventana de su casa en los Pirineos. Era febrero, pero las montañas lucían extrañamente desnudas, con apenas unas manchas de nieve que parecían más algodón sucio que el manto blanco que recordaba de su juventud.

—Mira, Lucía —le dijo a su nieta, que había venido a visitarla desde Madrid—. Cuando yo tenía tu edad, en febrero no se veía ni una brizna de hierba. Todo era blanco hasta abril.

Lucía, de veinticinco años, apartó la vista de su ordenador portátil. Trabajaba desde casa como periodista ambiental, y precisamente estaba escribiendo un artículo sobre la desaparición de los glaciares pirenaicos.

—Lo sé, abuela. Es una de las evidencias más claras del cambio climático en España.

Carmen suspiró. A sus ochenta y dos años, había sido testigo de una transformación que pocos podían imaginar. Recordaba los inviernos de su infancia, cuando su padre tenía que abrir túneles en la nieve para llegar al establo. Los veranos eran frescos, perfectos para trabajar en el huerto que ahora se secaba.

—¿Sabes? Tu abuelo siempre decía que conocía el tiempo mejor que los meteorólogos —continuó Carmen—. Se fijaba en las hormigas, en cómo volaban los pájaros, en el color del cielo al atardecer. Pero desde hace veinte años, hasta la naturaleza parece confundida.

Lucía cerró el portátil y se acercó a su abuela. Le había prometido pasar más tiempo con ella, especialmente después de que el médico les dijera que su corazón estaba cada vez más débil.

—Cuéntame más, abuela. Para mi artículo, pero también porque quiero recordar cómo era antes.

Carmen sonrió, aunque sus ojos mostraban nostalgia.

—Los cerezos florecían en abril, nunca antes. Ahora florece en febrero y luego las heladas tardías matan las flores. El río que pasa por aquí era tan caudaloso que daba miedo cruzarlo en primavera. Y las golondrinas... llegaban siempre el 19 de marzo, como un reloj. Ahora vienen cuando quieren, si es que vienen.

Lucía tomó notas mentalmente. Estos testimonios personales eran los que más impacto causaban en sus lectores.

—Pero no todo ha sido malo —añadió Carmen, con un brillo especial en la mirada—. He visto cómo la gente joven como tú se preocupa por el planeta de una manera que nosotros nunca hicimos. En mi época, pensábamos que la naturaleza era inagotable.

Esa noche, mientras cenaban la sopa de verduras del huerto de Carmen, la anciana contó historias de inviernos épicos, de primaveras que llegaban puntuales, de veranos que invitaban a trabajar en lugar de obligar a refugiarse del calor.

—Lo que más me duele —confesó mientras recogían la mesa— es pensar que tus hijos, si los tienes, no conocerán la nieve como yo la conocí. No verán las montañas como las vi yo.

Lucía abrazó a su abuela.

—Pero verán otras cosas, abuela. Verán bosques restaurados, energía limpia, ciudades más verdes. Verán el resultado de todo el trabajo que estamos haciendo ahora.

Carmen asintió, aunque su mirada seguía fija en las montañas.

—Espero que tengas razón, niña. Espero que tengas razón.

Tres meses después, Carmen falleció durante una ola de calor inusualmente intensa para mayo. Lucía, al escribir su obituario, decidió incluir una frase que su abuela le había dicho aquella última noche que pasaron juntas:

"El cambio climático no son solo números y gráficos. Es la pérdida de un mundo que conocíamos, pero también la oportunidad de construir uno mejor para quienes vienen después."

El artículo de Lucía sobre los testimonios climáticos de los ancianos pirenaicos se volvió viral. Pero ella sabía que lo más importante no estaba en los clicks, sino en las palabras de su abuela: la responsabilidad de construir un futuro mejor, incluso cuando el pasado se desvanece como la nieve en las montañas.

Canción

**Los glaciares se derriten bajo el sol ardiente
El mar sube despacio, pero constantemente
Las tormentas son más fuertes, los veranos más largos
Y los bosques que conocimos ya no están a nuestro lado**

**¿Qué mundo le dejamos a quien viene después?
¿Qué cielos, qué océanos, qué bosques?
El tiempo se agota, pero aún podemos cambiar
Si actuamos unidos, podemos sanar**

**Las ciudades se calientan, el hielo polar se va
Los animales migran buscando su hogar
Pero en cada pequeño gesto hay una nueva luz
En cada árbol plantado, hay esperanza y virtud**

**¿Qué mundo le dejamos a quien viene después?
¿Qué cielos, qué océanos, qué bosques ?
El tiempo se agota, pero aún podemos cambiar
Si actuamos unidos, podemos sanar**

**No es tarde para reescribir la historia
Con energía limpia, con nueva memoria
Cada voto cuenta, cada voz que se alza
Por el planeta que todos amamos y que en nuestras manos descansa**

**El mundo que dejamos puede ser mejor
Con cielos más limpios y un nuevo esplendor
El tiempo es ahora, pero aún podemos cambiar
Si actuamos unidos, vamos a ganar**